

Los intelectuales españoles frente a la Gran Guerra (y una consideración sobre el particular caso catalán)¹

Maximiliano Fuentes Codera (maximiliano.fuentes@udg.edu) -Universitat de Girona

El mismo día de la ruptura de las hostilidades en el continente, con la declaración de guerra de la monarquía austro-húngara a Serbia, el gabinete conservador de Eduardo Dato declaró a España oficialmente neutral. Esta situación, que se mantendría durante todo el conflicto, estaba motivada por una serie de condicionantes, entre los cuales destacaban el reconocimiento del aislamiento político y diplomático español, su debilidad económica, la desorganización militar y la preocupación por mantener un frente militar abierto –de tipo colonial– con la consecuente necesidad de sostener un numeroso ejército en Marruecos. La opinión de que España no podía emprender de manera efectiva una guerra fue compartida por casi todos los españoles durante el verano de 1914. No obstante, esta idea iría cambiando y el neutralismo oficial se vería amenazado por una lucha de valores y proyectos – representados idealmente por los bandos en guerra– para Europa y España en la cual los intelectuales se alistarían con una cierta rapidez.

El intelectual catalán Gabriel Alomar describiría esta situación de manera magistral al afirmar, poco después del inicio del conflicto, que el sujeto de la neutralidad podía ser el Estado, pero de ninguna manera la nación². La nación española –y su *problema*– había sido el gran tema de preocupación, tal vez el único tema, de los intelectuales de las generaciones de 1898 y de la que luego se conocería como la del 14. La guerra supondría una nueva instancia, seguramente la de mayor potencialidad, para que éstos se replantearan la solución a la *enfermedad* de España, a la España *moribunda*, en definitiva a un problema que los intelectuales habían heredado de la crisis de fin de siglo europea de la cual España había sido parte³. Y en este sentido, sus reflexiones, sus propuestas y sus actividades permiten afirmar que no hay una excepcionalidad española en los debates y los posicionamientos de los principales hombres de letras si los analizamos de manera comparativa con el resto de la Europa Occidental.

Pese a que, en líneas generales, la guerra no representó una preocupación de primer orden para el conjunto de la sociedad española, entre los intelectuales y las elites políticas fue vivida de una manera radicalmente diferente. Sobre la base de una cierta importancia de un obrerismo de tendencia libertaria y con una escasa relevancia del socialismo, la Gran Guerra se convirtió, para ellos, en un momento fundamental para desarrollar o consolidar sus proyectos políticos y culturales y devino entre 1914 y 1918 un tema de referencia casi obsesiva. Luis Araquistain lo afirmaría con precisión en 1916: “(...) en rigor, no hay neutrales. Todos estamos en guerra. No hay más que diferencias de grado”⁴. Los

¹ Este texto ha sido posible gracias a una beca predoctoral (BR) de la Universitat de Girona. Agradezco la lectura preliminar de este trabajo de Ángel Duarte y Anna Maria García.

² G. Alomar, “Entorn del neutralisme”, *La Campana de Gràcia*, 3-10-1914, p. 3.

³ R. Wohl, *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979, pp. 122-159.

⁴ *El Liberal*, 18-2-1916; citado en J. Varela, “Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra”, *Claves de razón práctica*, núm. 88, 1998, p. 30.

enfrentamientos ideológicos entre los partidarios de las Potencias Centrales y de los Aliados llegaron a aparecer para algunos intelectuales, como Miguel de Unamuno, Benito Pérez Galdós, Ángel Osorio y Gallardo o Pío Baroja, como expresiones de una auténtica guerra civil. Los intelectuales y los partidos políticos harían de España un campo de batalla ideológico en el cual se desarrollaría una guerra ideológica muy similar a la que estaba teniendo lugar en el seno de Europa. Una disputa en la cual las visiones que disentían con uno u otro bando, como la del intelectual catalán Eugenio d'Ors y su europeísta Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa, eran discutidas con dureza y desaparecían con rapidez de los grandes debates.

Las simpatías despertadas por el conflicto europeo se encontraban muchos más fundamentadas en la política doméstica y los proyectos que cada uno de los grupos defendían internamente que en cuestiones abstractas sobre quién había iniciado la guerra o sobre el futuro de Europa como idea o cultura.

Ya desde los primeros meses del conflicto, se formarían dos grupos, internamente heterogéneos, pero también claramente diferenciados entre ellos. Por un lado, el que podríamos denominar germanófilo, que tenía entre sus representantes institucionales más destacados a la Iglesia, una parte del Ejército, los partidos carlistas y mauristas y la mayoría de la Corte (con las excepciones del Rey Alfonso XIII y su esposa). Por el otro, el aliadófilo, constituido por un amplio abanico de fuerzas que al tiempo que defendían los valores representados por Francia buscaban un cambio más o menos radical en una España restauracionista que asociaban con el inmovilismo, el caciquismo y la falta de democracia y justicia.

El heterogéneo movimiento germanófilo presentaba tres tendencias básicas: los ultracatólicos tradicionalistas, muchos de los cuales rechazaban a Francia y los valores que ésta representaba; los católicos moderados quienes, sin ser especialmente religiosos, criticaban con dureza al imperialismo inglés; y los intelectuales regeneracionistas, quienes rechazaban el poderío imperialismo inglés y veían en Alemania un modelo de ciencia, educación y eficiencia a imitar. En contraste con los aliadófilos, estos intelectuales (Edmundo González Blanco, Vicente Gay Eloy, Louis André, Pío Baroja, Jacinto Benavente, entre ellos) no eran humanistas devotos de los ideales de la Ilustración y la Revolución Francesa sino admiradores de la disciplina, la meritocracia, el antiliberalismo y el nacionalismo que representaban para ellos Alemania y su imperio. Pero estos hombres se encontraban lejos de las ideas proclericales y de la defensa del *statu quo* de la Restauración y la alternancia de partidos de sus compañeros germanófilos. La relativa sofisticación de sus argumentos y el radicalismo de sus ideas debe alertar al investigador, por tanto, sobre las limitaciones de la visión de la Gran Guerra como un enfrentamiento entre las “dos Españas”.

Los germanófilos se irían convirtiendo durante el desarrollo de la guerra en fervientes defensores de la neutralidad oficial. Una neutralidad que, con ayuda de la propaganda francesa, posteriormente sería asociada en los discursos aliadófilos con una política proalemana⁵. Aunque

⁵ Es importante destacar que durante los primeros meses de la guerra la opinión mayoritaria de la sociedad española se decantaba a favor de las Potencias Centrales. La intensa actividad de la propaganda alemana en los

durante las primeras semanas del conflicto, la neutralidad había sido cuestionada por Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones, la reacción aliadófila contra la propaganda favorable a los Imperios Centrales comenzaría a crecer después de la batalla del Marne. A pesar de que los republicanos de diferentes partidos, los socialistas, los reformistas de Melquíades Álvarez, los republicanos radicales de Lerroux y algunos partidos regionales se posicionaron a favor de los Aliados, los intelectuales fueron el corazón del movimiento aliadófilo español. Ellos, la Generación del 14 –que recogía en su seno también las ideas de algunos destacados personajes que los habían precedido como Azorín, Unamuno, Maeztu o Valle Inclán– eran la primera generación europeísta española, habían estudiado en Europa (más en Alemania que en Francia e Inglaterra) y veían en ella y su cultura un potencial antídoto contra la decadencia nacional española que se arrastraba desde 1898⁶. José Ortega y Gasset, el intelectual clave de este grupo generacional, expresaría con claridad la potencialidad redentora de la guerra al afirmar: “De la guerra saldrá otra Europa. Y es forzoso que salga otra España”⁷. La idea de que el sistema canovista debía ser eliminado –cuestión que reaparecería con fuerza en la crisis de la primavera de 1917– sin violencia y a través de un cambio radical asentado en la cultura y el aristocratismo intelectual era presente ya en los primeros meses de la contienda.

A pesar de estas ideas de Ortega y de su importancia en el primer período de la revista *España* –principal órgano de la aliadofilia intelectual española–, la mayoría de los intelectuales aliadófilos presentarían unas posiciones mucho más radicalizadas. La guerra aparecería en ellos como un *deus ex machina*, como un instancia nueva que, a través de la victoria aliada, podía llevar a España a un cambio radical. La guerra sería, pues, un momento crucial, fundacional, para intelectuales como Manuel Azaña o Miguel de Unamuno, quien desde 1914 abandonaría su anterior galofobia y se inclinaría por la *Union Sacrée* frente al enemigo alemán. Unamuno, que convertiría la guerra inclusive en un mito personal, la abrazaría con esperanza y excitación al igual que muchos otros intelectuales europeos del momento: “Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica”, escribía el 19 de setiembre de 1914 en *Nuevo Mundo*. La guerra fue vivida por los intelectuales aliadófilos españoles como la entrada en un tiempo radicalmente nuevo igualitario, guerrero y patriótico que propiciaría, para algunos –como Ramiro de Maeztu, por ejemplo– un nuevo tipo de sociedad acorde con el principio de función, una suerte de socialismo estatista. La guerra venía a ser una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional reinantes en España. El pesimismo de los intelectuales, sobre todo de los madrileños, y la idea de España como nación decadente y sin participación en los asuntos europeos podía modificarse en el nuevo escenario europeo. Esto era lo que se proponían estos intelectuales. Buscando materializar estas percepciones algunos de ellos, como

años previos al conflicto tenía mucho que ver con esta situación, que, a partir de mediados de 1915, empezaría a modificarse de manera sustancial ya que Francia comenzaría a incrementar su esfuerzo propagandístico. L. Álvarez Gutiérrez, “Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa en la opinión pública española antes de la Primera Guerra Mundial”, en AA. VV., *Espanoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 1-21; P. Aubert, “La propagande étrangere en Espagne dans le Premier tiers du XXe siècle”, *Mélanges de la Casa Velázquez*, núm. 31/3, 1995, pp. 110-121.

⁶ M. Menéndez Alzamora, *La Generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

⁷ “España saluda al lector y dice”, *España*, núm. 1, 29-1-1915, p. 1.

Unamuno o el socialista Luis Araquistain llegarían a pensar y escribir sobre la necesidad de que España entrara en guerra junto con los Aliados para concretar, a través de esta purificadora experiencia, su transformación. En este sentido, algunas de sus tesis, en particular las del último de ellos, no se diferenciaban demasiado de las del maximalismo socialista europeo, representadas, por ejemplo, por Benito Mussolini en Italia⁸. Para estos intelectuales aliadófilos, que utilizaban las mismas metáforas y analogías que dominaban la propaganda aliadófila y europea (cultura-civilización, organismo-mecanismo, comunidad-sociedad), Alemania venía a representar lo petrificado, mecánico y sin alma; el dominio del Estado y la burocracia sobre el individuo férreamente disciplinado. Exactamente lo contrario era lo que ellos deseaban para España.

A pesar de esta aparente uniformidad es necesario destacara que la aliadofilia española no presentaba, al igual que el campo germanófilo, unos contornos uniformes. Es sumamente ilustrativo en este sentido apuntar que la visión de Unamuno –que concebía la guerra como una cruzada en defensa de la civilización occidental, cristiana y espiritual contra los materialistas alemanes, con una manifiesta hostilidad por el mundo moderno como trasfondo– fuese acogida sin fisuras por los intelectuales republicanos y socialistas como parte de sus discursos aliadófilos.

Además de sus colaboraciones habituales en diarios, libros y revistas y los viajes que realizarían a los frentes de batalla (Italia en 1916, por ejemplo), los intelectuales se agruparían en torno a manifiestos comunes tal como sucedía en Europa. A un primer manifiesto de carácter europeísta del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa publicado en Barcelona el 27 de noviembre de 1914, le seguiría otro, esta vez de carácter claramente aliadófilo, también firmado en esta ciudad catalana a finales de marzo de 1915, escrito en repuesta al neutralismo del Comitè. Pero el texto más importante sería el “Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas” escrito, aparentemente, por Ramón Pérez de Ayala –quien, paradójicamente, había sido el traductor de *Au-dessus de la mêlée* del intelectual pacifista residente entonces en la neutral Suiza, Romain Rolland, este mismo año– y firmado por la gran mayoría de los intelectuales de la Generación del 14, Ortega entre ellos⁹. Meses después, aparecería otro, de rotunda simpatía germanófila, redactado por Jacinto Benavente, donde, en nombre de “la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España”¹⁰, se dedicaba un gran espacio a contrarrestar las acusaciones de retrógrados y reaccionarios aplicadas a los enemigos de los Aliados. En esta “guerra de manifiestos” estaban en juego la voluntad de que las potencias europeas creyeran que España (en su conjunto) estaba junto a uno u otro de los bandos en lucha, la capacidad de influenciar a los partidos políticos y al conjunto de la sociedad para la defensa de uno de los bloques en guerra y, finalmente, el

⁸ E. Montero, “Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial”, *Estudios de Historia Social*, núm. 24-25, 1983, pp. 245-266; P. O'Brien, *Mussolini in the First World War. The Journalist, the Soldier, the Fascist*, Oxford, Berg, 2005.

⁹ Este texto publicado en *España* (núm. 24, 29-7-1915, pp. 6-7) había sido escrito originalmente en francés para su difusión en el exterior. *L'Action Française* lo había publicado antes de que apareciera en España como “Un manifeste des intellectuels espagnols. Pour les Alliés” (5-7-1915, p. 2).

¹⁰ “Amistad germano-española”, *La Tribuna*, 18-12-1915; citado en F. Díaz-Plaja, *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972, p. 26.

propósito de que unas u otras simpatías tuvieran una implicación directa en el futuro de la política española.

Las iniciativas comunes de los intelectuales aliadófilos tendrían su expresión más importante en la coalición de catalanes y castellanos que daría lugar a la formación de la Liga Antigermanófila en enero de 1917. El manifiesto fundacional de este grupo contrastaba con el de 1915 por su radicalidad y por su voluntad de deslegitimar la propaganda germanófila como una expresión de la anti-España; los germanófilos eran considerados ahora como los “enemigos interiores de España” como potenciales espías de la causa germana en tierra española¹¹. La mayoría de los miembros de la redacción de la revista *España* –principal apoyo de esta iniciativa que ya era, en este momento, un órgano de propaganda aliadófila bajo la dirección de Luis Araquistain– organizaría el 27 de mayo de este año un gran acto en la plaza de toros de Madrid que contaría con el apoyo económico de las embajadas francesa e inglesa. Dos días después de este mitin, Manuel Azaña pronunciaba en el Ateneo de Madrid su conferencia “Los motivos de la germanofilia”, donde mostraba con claridad cómo se podía fundar en la aliadofilia militante una radical crítica al gobierno de turno y a su neutralidad¹².

En la radicalización de la aliadofilia de los intelectuales españoles sería determinante la influencia ejercida en este proceso por los intelectuales catalanes. Como plantea Gerald Meaker, “*No study of the ideological impact of war on Spain would be complete without reference to the upsurge of Pro-Allied sentiment in Catalonia between 1914 and 1918 and to the stimulus that the war gave to Catalan nationalism*”¹³. La situación que se viviría en Barcelona desde los primeros de la guerra sería de una aliadofilia prácticamente hegemónica entre partidos políticos e intelectuales. A pesar de que la Lliga Regionalista sostendría hasta el final la neutralidad estatal como una política propia y de que durante 1915 las polémicas sobre las posiciones neutralistas de Eugenio d’Ors y el Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa ocuparan muchas de las páginas de las principales publicaciones, las diversas opciones republicanas catalanas y la gran mayoría de los intelectuales conseguirían presentar la propaganda aliadófila como dominante en Cataluña hacia finales de 1915. Los aliadófilos tendrían la suficiente fuerza como para igualar a neutralistas y germanófilos –bastante poco relevantes, por cierto– como parte de un mismo bloque y presentar el conflicto europeo en Cataluña como un debate entre aliadófilos intervencionistas y germanófilos neutralistas. Leerían, así, la guerra en clave de enfrentamiento entre democracia y autarquía, entre nación e imperio. En el ambiente catalán –como en el español–, colocarse junto a las democracias era otra variante de enfrentamiento a una monarquía que optaba por la neutralidad y el antigermanismo podía ser usado en clave catalana afirmando que la civilización alemana era, como la política de la Lliga Regionalista, el partido dominante en el gobierno catalán, un freno para el desarrollo de Cataluña como nación europea.

¹¹ “Manifiesto de la Liga Antigermanófila”, *España*, 8-1-1917. Es importante mencionar que esta idea de los espías interiores estaba ampliamente extendida en Francia en estos momentos, en buena medida como consecuencia de la actividad propagandística de Léon Daudet y *Action Française*.

¹² S. Juliá, “Azaña ante la Gran Guerra”, *Claves de razón práctica*, núm. 94, 1999, pp. 64-67.

¹³ G. Meaker, “A War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918”, en H. Schmit (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 31-32.

Entre los intelectuales barceloneses, la aliadofilia era mucho más radical que en el resto de España. La más representativa de las revistas aliadófilas sería *Iberia*, que comenzaría sus actividades como semanario el 10 de abril de 1915 con Antoni Rovira i Virgili como principal ideólogo desde su columna “Ideari de la guerra”. *Iberia* era una iniciativa impulsada logística y económicamente desde París, sostenía un discurso mucho más radicalmente aliadófilo que el de *España* y presentaba una serie de colaboraciones españolas y europeas que iban mucho más allá del ámbito catalán.

La aliadofilia de los intelectuales catalanes se estructuraría a partir de una especie de *Union Sacrée* a la catalana en la que podían convivir, sin aparentes problemas, el monarquismo de Charles Maurras y *Action Française* y su defensa del clasicismo con las más diversas políticas catalanistas y republicanistas representadas, por ejemplo, por Pere Corominas, Domènec Martí i Julià, Gabriel Alomar o Antoni Rovira i Virgili, entre otros¹⁴. La articulación de tradiciones políticas y culturales tan diversas puede explicarse por la situación cultural, intelectual y política creada a partir del inicio del conflicto. A través de diferentes iniciativas (la construcción del mito de los “miles” de voluntarios catalanes en el ejército francés, las colectas organizadas para ayudar a los soldados galos, la creación en 1916 del Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans¹⁵, los *Jocs Florals* dedicados a Francia y a Bélgica) intelectuales y políticos sostendrían una clara apuesta porque un futuro triunfo de los Aliados permitiera a Cataluña, a través de la actividad diplomática de una Francia vencedora, alcanzar una mayor autonomía y una posición de reconocimiento en una futura Europa que debía ser la de las pequeñas nacionalidades. Con este objetivo, los intelectuales dejarían de lado el aspecto centralista de la Francia jacobina y asentarían sus discursos, por un lado, en los valores de libertad y justicia representados idealmente por la Francia revolucionaria y, por el otro, en el respeto de los regionalismos que planteaban los tradicionalistas y monárquicos franceses de *Action Française*, y de las pequeñas nacionalidades europeas, que defendían algunos agrupamientos internacionales¹⁶.

A diferencia de lo que sucedía con los intelectuales madrileños, la guerra no era vista por los pensadores barceloneses como una oportunidad para regenerar Cataluña –recordemos que en 1914 el nacionalismo catalán se encuentra en pleno proceso de desarrollo– sino para conseguir una mayor autonomía en el interior del Estado y un reconocimiento de Cataluña a nivel internacional¹⁷. Aunque estos propósitos se verían insatisfechos al final de la guerra –Cataluña no conseguiría el reconocimiento esperado como nación por parte de una Francia que buscaría la estabilidad diplomática con la inestable monarquía de Alfonso XIII–, el desarrollo del catalanismo y su radicalización al compás de la música de la Gran Guerra sería un elemento fundamental en los años inmediatamente

¹⁴ M. Fuentes Codera, “Charles Maurras i el republicanisme català contra Romain Rolland i Eugeni d’Ors. L’experiència de la Gran Guerra i els intel·lectuals catalans”, *Afers*, núm. 62, 2009 (en prensa).

¹⁵ D. Martínez Fiol, *Els “Voluntaris catalans” a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 1991.

¹⁶ Es importante destacar la intensa actividad del catalanismo, en este caso del republicanismo y también de la Lliga Regionalista, en el seno de la *Unió des Nationalités* y en la revista publicada en Lausana por este organismo, *Les Annales des Nationalités*, con el objetivo de difundir las propuestas de las pequeñas nacionalidades europeas durante la década de 1910.

¹⁷ Es necesario aclarar que dejo aquí de lado conscientemente los debates internos al republicanismo catalán al respecto de la autonomía catalana, su relación con España y con Europa. Véase: A. Duarte, *Història del republicanisme a Catalunya*, Vic, Eumo, 2004.

posteriores a 1918, y la unión entre aliadofilia y catalanismo continuaría hasta los años de la Segunda República.

En Madrid como en Barcelona, la posguerra no depararía a los intelectuales aliadófilos la concreción de los sueños provocados por el conflicto europeo en 1914. La monarquía y los males de la alternancia de la Restauración continuarían más allá del Tratado de Versalles y España seguiría estando, en palabras de Ortega, *invertibrada*. En Cataluña, por su parte, la radicalización del catalanismo que había pasado por la decepción de las esperanzas no alcanzadas durante la guerra sería un elemento fundamental para comprender las sucesivas revueltas sociales y las crisis de los años 1919-1923.

España no había entrado en la guerra, pero la Gran Guerra sí había entrado en ella.